

Elogio de la literatura

de Zygmunt Bauman y Riccardo Mazzeo



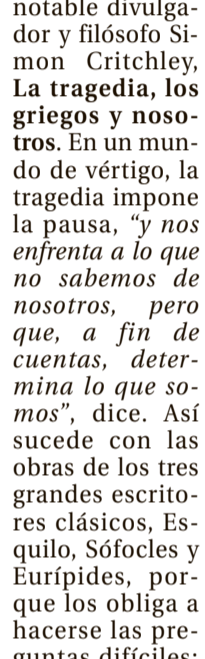
Porque es un intercambio epistolar entre Zygmunt Bauman, uno de los comentaristas más provocadores de la sociedad posmoderna, y Mazzeo, editor y traductor de obras de filosofía, que desde el 2014 se dedicó a la escritura. Ambos entienden que “la literatura y la sociología están conectadas la una con la otra más íntimamente de lo que es común entre los diversos tipos de productos culturales”, lo cual abre un enorme campo de exploración. El modo “conversación” del libro le da una dinámica que fluye elegante, descontracturada, de Milan Kundera a Cervantes, de Susan Sontag a Leni Riefenstahl, de Los cuentos de Kolyma de Varlam Shalamov al Papa Francisco, que en los años 70 estuvo detrás de la creación de una banda que tocaba a los Beatles, destaca el libro. (Gedisa)

## Qué necesaria es la tragedia clásica

LÁSZLÓ ERDÉLYI

Vivimos en un mundo caótico y de constante conflicto. Creemos que eso no tiene antecedentes. Sin embargo alcanza con leer alguna de las 31 tragedias de la Grecia clásica que han llegado a nuestros días para saber que esos griegos vivieron algo similar, y que la tragedia, es decir la puesta en escena de los conflictos éticos y morales que enfrentaban, mediante una obra de teatro, les ayudó a sobrevivir.

De eso trata el nuevo libro del notable divulgador y filósofo Simon Critchley, **La tragedia, los griegos y nosotros**. En un mundo de vértigo, la tragedia impone la pausa, “y nos enfrenta a lo que no sabemos de nosotros, pero que, a fin de cuentas, determina lo que somos”, dice. Así sucede con las obras de los tres grandes escritores clásicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, porque los obliga a hacerse las preguntas difíciles: ¿qué hacer? o, ¿qué opción debo tomar?



Simon Critchley

El autor deslumbra desde hace años con libros que analizan el fútbol actual, o el legado del músico David Bowie, o la relación de los filósofos clásicos con la muerte (**En qué pensamos cuando pensamos en fútbol, Bowie, El libro de los filósofos muertos**, todos traducidos y disponibles). Siempre desde la filosofía y con espíritu crítico.

Critchley cree que la tragedia clásica fomenta la reflexión. Por ejemplo para elegir “entre dos o más demandas de verdad, de justicia o de lo que sea, sin que exista

—al menos a primera vista— un suelo común entre ellos”. Confiesa sentirse muy atraído por la tragedia porque es una invitación al escepticismo.

Algo muy necesario hoy. “Nosotros somos, en cierta forma, tiranos. Miramos y no vemos nada. Alguien nos habla, pero no escuchamos (...) instalados en nuestra autojustificación narcisista e ilimitada, añadiendo actualizaciones a Facebook y subiendo fotos a Instagram”. La tragedia “muestra los límites de nuestra supuesta autosuficiencia y de aquello que

podríamos definir como nuestra autonomía. Revela nuestra heteronomía, nuestra profunda dependencia”. Porque ese yo que se impone es sinónimo de perversión, es Walter White insistiendo hasta el final de **Breaking Bad** que todo lo hizo por su familia, cuando en realidad lo hizo sólo por él.

Critchley profundiza en las diferentes estrategias de la tragedia, su contexto histórico,

por qué el héroe trágico no es la solución al problema sino el problema mismo, o el aún polémico papel de los sofistas, las críticas de Platón y los planteos de Aristóteles. En ese sentido, y a pesar de que fluye, el libro es de una creciente dificultad que requerirá, a partir de la cuarta parte, de familiaridad con algunos tópicos de la filosofía clásica.

**LA TRAGEDIA, LOS GRIEGOS Y NOSOTROS**, de Simon Critchley. Turner, 2020. Madrid, 406 págs. Traducción de Daniel López González.

## Thomas Harding y su Páginas de sangre Asesinato y juicio a puertas cerradas

HUGO FONTANA

En mayo de 2006 el anciano Allan Chappelow, de 86 años, fue asesinado en su ruinoso mansión de cuatro millones de libras ubicada en el número 9 de Downshire Hill, en Hampstead, al noroeste de Londres. Recién al mes siguiente, luego de varias e infructuosas búsquedas realizadas por la policía británica, su cadáver fue descubierto en una de las habitaciones bajo media tonelada de papeles, manuscritos y desperdicios de todo tipo que además invadían el resto de la residencia. Chappelow había nacido en 1919 en el seno de una familia acomodada y libre pensadora: durante la Primera Guerra Mundial su padre se negó a alistarse en el Ejército, convirtiéndose en objeto de conciencia, actitud que luego sería repetida por el hijo durante la Segunda Guerra.

En su larga vida Chappelow fue fotógrafo y periodista independiente, colaborando en diarios prestigiosos como el *Daily Mail* y el *Daily Telegraph*. Viajó a la Unión Soviética y a Albania y en 1955 publicó **Russian Holiday**, una suerte de elogio de las bondades del socialismo real. Pero fue el dramaturgo George Bernard Shaw quien terminó convirtiéndose en el centro de sus obsesiones, y a él dedicó dos biografías, ambas publicadas en los 60, que no tuvieron buena suerte con la crítica. Pocas semanas antes de ser asesinado había hecho un viaje a Austin donde, además de visitar a una prima lejana, consultó en el Ransom Center de la Universidad de Texas archivos y diversos documentos originales del autor de **Pigmalión y Santa Juana**.

Tras descubrir el cadáver, la policía no tardó en identificar a Wang Yam, un ciudadano de origen chino que había usado tarjetas de crédito del anciano y hecho unas transferencias de dinero en beneficio personal. En setiembre de ese mismo año lo detuvo en Suiza acusándolo de fraude, robo y asesinato. Pero lo que los puso en la pista de Yam —sus torpes movimientos bancarios—, no halló correspondencia en la escena del crimen: en la casa no se encontraron huellas ni el menor rastro de ADN del acusado.

**PEDIDOS DE AYUDA**. Wang Yam nació en 1960 en Xi'an y, según sus propios y siempre controvertidos testimonios, su abuelo había sido Ren Bishi, uno de los militares más cercanos al Presidente Mao. En los 80 se casó con su primera esposa, La Jia, y en mayo de 1989 intervino en las multitudinarias protestas ocurridas en la Plaza de Tiananmen, en Beijing. En 1991 huyó a Hong Kong y viajó luego a Londres, donde pidió asilo. Un año más tarde se le uniría su mujer, pero el matrimonio no sobrevivió. Él pronto se empleó como ingeniero en tecnología informática y realizó unas desastrosas inversiones inmobiliarias que lo obligaron a declararse en quiebra, con deudas cercanas al millón de libras. En 2006 llevó adelante un intento de usurpación de identidad tras haber robado correspondencia del buzón de Chappelow, que acabaría en uno de los más singulares juicios de la historia reciente de Gran Bretaña.

Thomas Harding, angloestadounidense nacido en 1968, documentalista televisivo, periodista y escritor cuyos editores españoles suelen ser proclives a los subtítulos largos, es autor entre otros libros de los excelentes **Hanns y Rudolf. El judío alemán y la caza de Kommandant de Auschwitz** y **La casa del lago. Berlín. Una casa. Cinco familias. Cien años de historia**, ambos reseñados en este suplemento. En 2015 recibió una carta de Yam en la que lo ponía al tanto de los pormenores de su proceso judicial. Tres años más tarde daría a conocer **Páginas de sangre. La enigmática historia de un cadáver, una mansión en ruinas y un juicio insólito**, ahora traducido al castellano, en el que investiga el homicidio y las vidas de algunos de los involucrados: la víctima, el condenado, los detectives y los abogados defensores.

Entre capítulos, Harding ofrece unos “Apuntes del caso”, especie de bitácora en la que va comunicando al lector sus pasos en la indagación y en la escritura, las dificultades para hablar con los protagonistas, el seguimiento de algunos personajes esquivos, la insistencia con que Ham reiteraba sus pedidos de ayuda, los sinsabores de

una prisión en apariencia injustificada, y el asombro ante la puesta en marcha de un juicio a puerta cerrada.

**APELACIONES VANAS**. Juicio a puerta cerrada o *in cámara* es una figura de la jurisprudencia británica que se aplica exclusivamente en aquellos casos en que puedan afectarse secretos de Estado o poner en riesgo la seguridad nacional. Durante el juicio no se permite la presencia de ninguna otra persona que las directamente involucradas, con la estricta prohibición de divulgar los detalles tratados. Los periodistas, que no pueden estar presentes, no tienen siquiera el derecho a conjeturar públicamente acerca de las razones de dicha modalidad, bajo riesgo de ser detenidos y encarcelados. De esa manera, a primera vista inexplicable, se juzgó a Wang Yam, y aun ante las sospechas de que todas las pruebas en su contra, a no ser las que lo involucraban en el fraude bancario, no pasaban de ser circunstanciales o de muy poca credibilidad, se lo condenó a cadena perpetua con un mínimo de veinte años de prisión.

Gracias a la intervención de un periodista de *The Guardian*, y de la propia investigación de Harding, años después se dio con algunos testigos a quienes en las primeras instancias no se habían tomado en cuenta, que aportaron datos y sospechas acerca de las prácticas sexuales de Chappelow, sus constantes visitas al “banco de



Thomas Harding. Sobre cómo escribir de un juicio secreto.

azotes”, un lugar de encuentro de sadomasoquistas, y su costumbre de llevar desconocidos a su casa. Pero en las sucesivas apelaciones Yam debió enfrentarse a la negativa de los jueces de levantar el carácter del juicio y a la poca o nula atención que prestaron a los nuevos testimonios. Tampoco se permitieron avances en el análisis de algunas pistas que habían quedado sin indagar, como colillas de cigarrillos. Hace catorce años que está preso. Siguen sin poder darse a conocer algunas dudas, como que en realidad Yam era un agente encubierto del MI6, el servicio secreto de inteligencia del Reino Unido, y que el juicio *in cámara* se justificaba por el temor a sus eventuales declaraciones. La última de las apelaciones, ocurrida en 2017, volvió a ser denegada.

Harding ha escrito un libro quizás en extremo exhaustivo, por lo que muchas veces el laberinto burocrático que se encierra detrás de cada instancia judicial, y que nuestro autor se ocupa de relatar con exactitud, atenta contra el vigor narrativo. Acaso también la prohibición de especular con más vuelo acerca de la proyección del caso no le permita tomarse otras libertades que hubieran enriquecido un trabajo de todos modos digno del mayor interés.

CULTURAL

**PÁGINAS DE SANGRE**, de Thomas Harding. RBA, 2019. Barcelona, 396 págs. Traducción de Sergio Lledó Rando.

POÉTICAS

## Acto de memoria número dos

EDUARDO MILÁN

Entiendo al Heidegger último, el de la entrevista de *Der Spiegel* del 23 de septiembre de 1966, donde proclama (para ser leída póstumamente a su pedido, publicada el 31 de mayo de 1976) “Sólo un dios puede salvarnos”. Cómo riñen la precisión de la fecha con la palabra “dios”. La fecha contra la fe. Cae una sílaba, por lo menos. ¿Estaba desesperado Heidegger por la especie? ¿O por la raza? ¿O por las dos juntas. Nunca vio un zanate a medio metro. Y eso que caminaba por el bosque. Era un gran caminador. El Johnnie Walker de la filosofía, el Johnnie Walker etiqueta negra. No tanto por el precio más caro que el rojo: por la Selva Negra. El rojo está abarataado por la izquierda *gestionadora* del capital. El etiqueta verde es más caro. Es la etiqueta del zanate que es más negro que un cuervo. Casi azabache. Pero con plumas, sin montura. Yo creo sólo en volver la mirada. No volver a: volver la mirada, Orfeo. (El riesgo es desaparecer lo que se ve —o se encuentra en esa vuelta. No por curiosidad, no para medir la verdad de los dioses —o el engaño). Para hacer memoria, para atraer

la memoria. Los dioses dieron de sí. Manfred Frank habla de “*un Dios venidero*” que por el momento está (o estaba según el propio Frank) en el exilio. Yo pensé que era el lugar de los salidos políticos. Y el lugar donde uno se encuentra. O donde uno se encuentra con uno como si fuera Rimbaud —el otro. Pero cuando uno manda al dios al exilio da la impresión de que lo quiere salvar. Y salvar es el verbo que no banco. Bancar, por ejemplo, es el verbo de la izquierda auto-designada “*gestionadora del capital*” que en los progresismos políticos latinoamericanos en vez de crear estructuras que aseguraran a la población se limitaban a hacerla sujeto de crédito para entrar al gran mundo inagotable de la mercancía. Encadenar al crédito, la salvación por la mercancía. Hay unos “capitalismos de plataformas” que quieren liberarnos del pasado practicando un “de aquí en adelante”, un tabla rasa, un corte de peso que nos libre del abismo de no ser Leonardos, Ilustración, Comuna de París y Rimbaud, todo junto. Ese peso. Volveré sobre esto, Orfeo. Porque creo en volver la mirada sin desaparecer el objeto del deseo.